

EL GRAN CIRCO DE LOS HERMANOS AROLDOS

Mauricio B.



Image not found.

Capítulo 1

(Extracto del proyecto inédito "Momo y los payasos relojeros")

A nuestra ciudad llegaban siempre los circos. Se montaban por detrás de la nueva estación o a los costados de la antigua, la Gobernador Monteverde, en un predio extenso que había sido robado a su destino férreo por varias instituciones. No sabría decir en qué año dejaron de pasar los trenes de carga. Al parecer se trataba de un ramal calero. Quizás la memoria me juegue una mala pasada, apenas recuerdo el retumbar de las paredes de mi habitación, la bocina de los trenes en la madrugada y el estruendo que producen las ruedas sobre las cabezas de los rieles y las escarpas flojas.

Yo era muy pequeño, pero los sonidos y el rostro de mi madre sonriendo al decir: "es el tren, hijo. El tren", aún se refugian en mi mente.

Nadie hubiera imaginado que la estación moriría. Años más tarde entré al depósito para esconderme de un hombre del circo que me perseguía a mí y a mis primos con un palo como arma para masacrarnos. Los aromas de aquella tarde quedaron guardados en mi memoria. Efluvios de cal que se salían de las bolsas de arpillera dejadas al tiempo. Y el respirar agitado del hombre que nos acechaba.

Las arenas se alojaban en las inmediaciones, lejos de la estación propiamente dicha. Casi pisando la avenida. Cercaban la periferia y armaban sus carpas. Las veía inmensas y las imaginaba como castillos ambulantes con atalayas y banderas épicas. Me traían a la memoria filmes de reyes y tiendas de campaña.

En los alrededores de las carpas se disponían las jaulas con animales exóticos, grandes felinos y elefantes, siempre flacos y cabizbajos. Una vez observé a una jirafa con su cría. La escena era muy tierna y imagen bella para un niño de mi edad, a pesar de las cadenas que sujetaban a ambos.

Mi ciudad era como una estación de engorde para los animales circenses porque si algo había en abundancia eran perros y gatos callejeros. Cuando los circos se iban a otros rumbos las calles quedaban desiertas y en los árboles ni siquiera un gorrión. Y las alimañas del circo se marchaban rechonchas y rozagantes. Esos grandes animales eran de mi simpatía aunque evitaba pensar que nuestras mascotas eran parte de su ración de alimento.

Con mis amigos solíamos especular salvatajes en donde las bestias recobraban la libertad y se fagocitaban a los domadores. Eran travesías

utópicas nunca llevadas a cabo, pero meticulosamente planeadas. En esas travesuras dábamos muerte a los verdaderos asesinos vengando a nuestros animalitos. Juegos en los que ocupábamos largas horas imaginándonos que asaltábamos circos y liberábamos a sus bestias. Jamás llevamos a cabo esos planes. Nunca logramos la revancha ansiada.

Por las tardes, a la hora de la siesta, programábamos expediciones a hurtadillas de nuestros padres. Saltábamos los tejidos de púas y nos escondíamos tras los árboles de las inmediaciones a mirar a sus personajes y animales.

Para mí siempre fue un ambiente temido y lúgubre. Las personas de los circos eran extrañas y malvadas. Si advertían nuestra presencia éramos expelidos del lugar de malos modos. Como en esa ocasión cuando el domador de tigres nos cazaba palitroque en mano, como a ladrones o matones. Nosotros éramos niños, ¿Qué daño podríamos perpetrar?

No había nada más funesto que un circo. Me daban muy *mala espina*. En mi infancia, no eran afrancesados como los de ahora. Eran circos de fenómenos humanos y animales domados. Hoy las prohibiciones los han limpiado de todo aquello. Ahora ya no hay bestias flacas que dan pena ni payasos repartiendo burlas crueles y malvadas. Aunque al ver las carpas después de tantos años es inevitable que rememore todo aquello y que evidencie viejos resquemores.

Por aquellos años el trato con la gente del circo era distante debido a sus costumbres de tierras lejanas. Se creía que en su cultura no era necesaria la lectoescritura. Las familias, en su mayoría de origen cingaro, hablaban lenguas extrañas, de fonética exagerada, similar al alemán o el rumano. Su educación difería de la nuestra en tradiciones y valores. Yo siempre pensé que los gitanos tenían algo que esconder. Esa mala dicción era adrede, ventajera. Una oratoria incorrecta de la que ellos sacaban partido en sus intercambios con los pueblerinos.

A pesar de que sus carpas se denominaban "Le Cirque París", "Circo Roma" o "Checoslovaquia" y por más que imitasen el acento francés o italiano en sus espectáculos, esos hombres de cabellos largos, sombreros de copa flamenco, y sus señoras gordas de polleras de doble ruedo no disimulaba su origen. No hubo en mi ciudad un circo que rompa con esta constante. Salvo el de esta historia. De niño había leído en alguna oportunidad una reseña sobre Vlad "el empalador"; aquel legendario príncipe de Valaquia que dio origen a la leyenda del conde Drácula. Tenía como esclavos a individuos de las tribus ciganas. Así, en la estrechez de mi razonamiento, a esas edades no podía dejar de hacer paralelismos prejuiciosos. Para mí los ciganos eran malos y sirvientes de los vampiros. No debo haberme llevado susto más grande que el de aquella noche en una de las ferias de los circos, en la que me crucé a un hombre disfrazado de vampiro en la fiesta de Carnaval. Caí al piso desmayado. No recuerdo

lo que me sucedió después.

Tras la llegada de los circos, en las calles nos entreverábamos con gitanos. Las madres invadidas por la desconfianza y el miedo nos llevaban y nos traían a todos lados. Se nos negaba jugar en las veredas por las noches y entre las comadronas del mercado comenzaban a aflorar historias de hombres que emboscaban en los baldíos, mujeres de polleras anchas que leían la suerte mientras vaciaban los bolsillos y otros delitos.

Dentro del ámbito circense, cuando nosotros invadíamos su mundo, existía una tregua entre las personas de mi ciudad y esos forasteros. Fuera de él, eran mirados de reojo, escudriñados en silencio. Era de mal augurio *hacer migas* con ellos.

Luego de la función, en la feria adyacente podía ver a los padres de mis amigos, ebrios y pegando a sus mujeres, o a los niños robando dinero a los más pequeños para pagar otra ronda en el alguno de los entretenimientos. Tras las tiendas desaparecían hijos que luego eran transportados en jaulas a otros países, nuestras hermanas mayores se enamoraban de los gitanos y se embarazaban de ellos y otras calamidades. Esto generaba el halo del circo en esas épocas. Para un niño ¿Cómo todo aquello podía ser un espectáculo conveniente? Empero, para la gente todo aquello lucía fascinante.

Hace un tiempo un amigo me hizo llegar un relato corto. Llamó a mi atención una referencia de carácter histórico sobre las actividades circenses en el Medioevo. El relato no cubría grandes expectativas pero daba nota de una particularidad: establecía una relación entre el circo romano, los carnavales, sus versiones aldeanas en Europa; las fiestas de la locura, y acreditaba a todo aquello común, el culto al dios Momo.

No he profundizado en este tipo de teorías, por lo que hacer uso de ellas sería fraudulento. El caso es que la idea me parece por demás coherente, más aún razonando la naturaleza del dios griego y su empecino en mofarse de los dioses y el hombre. Es muy posible, si recordamos aquellos circos que se trasladaban en carromatos y se establecían en ciudades como la mía. En sus espectáculos afloraban las ironías y las mímicas grotescas, el desenfado y el libertinaje. Como si fueran evocaciones a las "fiestas de la locura", incorporadas al calendario cristiano en el Medioevo cuando la Santa Sede luchaba contra el paganismo. Puede que sea paradójico pero viable en estos tiempos una conciliación entre Momo y el cristianismo a través de los circos.

Un día, en vísperas del receso de invierno arribó un circo grande. Un camión camuflado de locomotora con payasos y altavoces recorría las calles anunciando el gran espectáculo mientras las llenaba de papeles picados y serpentinas. Payasos caminando sobre zancos lanzaban al aire folletines

que decían:

¡Llegó el Gran Circo de los hermanos Aroldos!

¡Más de cien artistas en el escenario!

Niños gratis

El clima se tornó festivo en el horario de salida escolar, porque el vehículo estacionó justo frente al portón de la escuela. Los payasos se amalgamaron entre las madres y los alumnos regalando golosinas de pasta y entradas gratuitas a la función de la noche siguiente. Mis compañeros de aula desde temprano hablaban de la carpa que se estaba armando, esta vez a la entrada de la ciudad, frente a la curva de San Juan el Bautista. Lejos de ambas estaciones.

Un avión biplaza recorría los cielos de la ciudad anunciando el acontecimiento y ofrecía trabajo bien remunerado a cincuenta hombres que a las tres de la tarde se presentasen en el predio a erguir la tienda grande y las aledañas. Nunca habíamos visto algo así. Exhibiría muchos animales y números artísticos originales.

El predio había sido cerrado a la vista de los curiosos con telas de arpilleras con colores. Desde afuera solo se podía divisar la calle de aserrín que llevaba a la tienda principal. Los puestos de la feria se habían montado a los costados de la misma, formando dos hileras de carpas de menor tamaño de franjas rojas y blancas en donde se habían dispuesto juegos de tiro de toda clase, expendio de comidas típicas de varios países, cerveza tirada y otros puestos en los que uno podía adquirir réplicas de los personajes del circo en yeso y goma.

La carpa era magna. Se alzaba en cuatro torres que daban a una central. De cada una de ellas colgaba una guirnalda de luces coloridas que se unían a la misma, en donde había un gran cartel que decía: "Gran Circo de los Hermanos Aroldos"; al parecer, las arenas nucleaban a varias generaciones de una familia cirquera. Y para nuestra sorpresa, no eran gitanos sino coterráneos.

Desde la entrada se extendía un pasillo hacia las vallas, límite físico entre las gradas y el escenario circular que además delimitaba la pista y daba origen a un corredor menor del que se empinaban las localidades, seguían unos tabloncillos escalonados en donde se sentaba el público. La carpa era tan alta que quienes ocupaban las gradas superiores, de seguro experimentarían el aviso de un real circo de pulgas. Ahora, cuando lo pienso, no creo que desde allá arriba se hubieran podido distinguir los rostros exagerados de los payasos, ni los moños de los caniches blancos.

El circo de los Aroldos se destacaba del resto de las compañías que llegaban a la estación. Sus animales se veían en óptimo estado de salud, sus pelajes brillaban y sus abdómenes colgaban alegremente. Sus números artísticos presumían extravagantes y coloridos. Los trajes eran de raso y borlas, las mujeres exhibían plumas enormes en sus vestimentas. Al ver tanto desparpajo de luces y colores momentáneamente comencé a abandonar la sensación de antipatía. Reía y disfrutaba del espectáculo como los otros niños. Sin darme cuenta, el show fue trascurriendo. De pronto hicieron su aparición Rojam y esa muñeca.

En el número artístico, Rojam interactuaba con la gente haciendo bromas leves y sutiles pero ella hacía la tarea chabacana, utilizando palabras fuertes y a veces agresivas que si fueran dichas por el hombre de seguro serían ofensivas. Pero en la boca del títere, hacían que las personas las vivaran y aplaudieran. Estos dos me generaban una sensación por demás hostil. Durante unos minutos cerré los ojos y mantuve mi cabeza baja y entre las manos, pero el aburrimiento y la mala posición hicieron que abandonara la postura enseguida. Al levantar mi rostro, el bicho me estaba mirando. De tener labios hubiera sonreído macabramente, lo presentí. La escena me produjo escalofríos. No pude hacer más que huir. La voz de mi madre me llamaba mientras yo me daba a la fuga por la callejuela de aserrines. Al llegar a la avenida caí de rodillas contra el asfalto, mientras mis padres corrían hacia mí. Una fuerte presión se generó en mis entrañas, no pude contenerla y vacié mi estómago. Por días no pude borrar esos ojos inanimados de mi mente, ni la saña horrenda con la que me embestían.

Estoy convencido de que jamás debí haber mirado a ese demontre. Durante los años de mi infancia no creo haber tenido experiencia más traumática. El tiempo hizo que se desdibujara en mi mente dejando una cicatriz profunda.

La imagen del dúo me frecuenta en sueños. Cada tanto rememoro esa voz endiablada que emanaba de quién sabe dónde y la mirada pesada y oscura del tipo. Era tan molesta y densa que quien se sentía observado por él bajaba la vista por la incomodidad producida.

Los días subsiguientes dormí entre mis padres pero la pesadilla no desapareció. A pesar de los barnices y pinturas que delimitaban sus facciones su aspecto no era humano. Su hablar era demoníaco. Una sensación pestilente me envuelve cada vez que recuerdo a la muñeca del ventrílocuo mirándome a los ojos. Mis entrañas se encogen, producen extraños sonidos tratando de ahogar la repugnancia.

Después de aquel encuentro con Rojam y su marioneta no volví a pisar un circo en mi vida. A veces en los sueños la muñeca me visita, camuflada por el inconsciente en otras figuras. Pero sé que ella está detrás de las siluetas que la encubren. Porque mis vísceras dan la alarma del reencuentro. Solo Dios sabe que habrá pasado con ese títere. La herida que se produjo en mí le da vida y por las noches la trae a mi memoria.

¿Cómo se llamaba? No lo recuerdo. Los títeres tienen nombres absurdos e infantiles. Sé que a veces toma el de quien la interpreta y la revive cuando se aparece en mi mente. Podría tomar cualquiera pseudónimo. Sé que no es importante. De todas formas hubiera deseado conocerlo.

Si Momo es el rey de los Circos como dicen esas teorías, sabe jugar tretas con quienes osan desaires con sus hijos. Esto debe ser así. No hallo otra explicación a los sucesos que acaecieron a lo largo de mi vida ni el porqué de que de tanto en tanto la escena se renueve en mi mente. Debe ser una de sus artimañas o la mirada del adefesio que me ha endiablado.